



Esta Mujer

La utopía posible

Juan Montes

Prólogos: Fernando "Chino" Navarro
Martín Rodrigo Gill



SERVICIO DE PRENSA Eduvim

Esta mujer
La utopía posible

Juan Montes



Colección Debates

Montes, Juan

Esta mujer: la utopía posible. - 1a ed. - Villa María: Eduvim, 2011.
198 p.; 23x16 cm. - (Debates; 4)

ISBN 978-987-1727-46-9

1. Biografía de Presidentes. I. Título.
CDD 923.1

Fecha de catalogación: 25/01/2011

Editor: Ingrid Salinas

Diseño de tapa e interiores: Silvina Gribaudo



LIBRO
UNIVERSITARIO
ARGENTINO

Queda hecho el Depósito que establece la Ley 11.723

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones publicadas por **EDUVIM** incumbe exclusivamente a los autores firmantes y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista ni del Director Editorial, ni del Consejo Editor u otra autoridad de la UNVM.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo y expreso del Editor.

La ausencia de referencias bibliográficas son responsabilidad exclusiva del autor. (Nota del editor).

Libro Universitario Argentino

Índice

Prólogo 1 <i>Fernando "Chino" Navarro</i>	15
Prólogo 2 <i>Martín Gill</i>	19
Advertencias del autor <i>Dibujando la esperanza</i>	25
Réquiem de una mujer sola	29
I <i>De "la utopía es posible" a "la utopía posible"</i>	33
II <i>Pido la palabra</i>	85
III <i>El tiro por la culata</i>	109
IV <i>Dilemas de la articulación: ¿Transformación del Peronismo o el nacimiento de un frente?</i>	163
V <i>Comunicación e imagen: detrás de Chanel y Louis Vuitton</i>	183

I

De “la utopía es posible” a “la utopía posible”¹

rensa Eduvin

La Plata, 20 de setiembre de 1974

¿Quién es la compañera que está hablando?

¿Es linda, no?

¿Quién es la compañera?

Vení después a casa que te la presento. ¿Te gusta?

¿Quién es?

Sí, te gusta.

Ella era frágil y era enérgica.

¹ ADVERTENCIA: Las escenas de ficción que ilustran este análisis son arbitrarias. Cualquier parecido con la realidad es deliberada coincidencia.

Sólo teniendo en cuenta estos antecedentes pueden analizarse y comprenderse algunos gestos y decisiones políticas de la actualidad. Cristina recibe un país recuperado económica, social y políticamente pero a su vez hereda la conflictividad y es ella quien profundiza la idea de conflicto como motor de avance.

Cristina llegó a la presidencia con un contexto mucho más complejo que el de su marido. Cuando Kirchner asumió el gobierno de 2003 el país había tocado fondo. En todos los sentidos, porque la debacle no había sido solo económica, sino política, social, cultural. Se había producido un vacío de valores y se habitaba un pensamiento anárquico. Aquellos que quieran hacer memoria encontrarán a bastos sectores marginados buscando comida en los basurales, revivirán las escalofriantes escenas donde los sistemas de salud hacían lisa y llanamente abandonos de personas, con prepagas corruptas y hospitales públicos en derrumbe estructural, repasarán las hojas amarillas de los periódicos que daban cuenta de la indignidad de los sobornos, la corrupción y el desparpajo de la dirigencia política, comprobarán la inescrupulosidad de las operaciones del mercado por sobre los gobiernos generando corridas financieras, remates de campos y viviendas, se estremecerán al revivir protestas sociales controladas a latigazos, a represión, a muerte. No era fácil salir de aquel encierro pero no había tampoco alternativas. Del fondo se sale hacia arriba, no hay otra escapatoria.

De aquella convulsión a esta estabilidad, es difícil comprender el odio. Lo que, seguramente, no le pueden perdonar a Kirchner es que haya invertido las prioridades, es que haya gobernado a partir del sentido común, desde la premisa de que en las catástrofes, los niños, los ancianos y las mujeres se deben salvar primero.

Y llegó Cristina. Y pidió la palabra

Una cosa es levantar un país de entre las ruinas y otro sostenerlo en pie. En las catástrofes los hombres se sensibilizan. Se producen acercamientos, se diluyen las distancias de los conflictos y pasan a un segundo plano los intereses sectoriales. Se despierta un criterio solidario

en pos de soluciones heroicas. Se sostiene al héroe. Se lo sostiene aún con sus errores y sus debilidades, hasta lograr un espacio de bienestar, de estabilidad y de esperanzas. Pero Argentina es un país curioso y cuando se sale de la catástrofe aparece el olvido. Y con el olvido se recupera el presente. Entonces las distancias se miden desde otras perspectivas. Desaparece el estado de sensibilidad y emerge el hombre con sus mezquindades sectoriales, con sus miserias. Se renuevan los distanciamientos, se acercan los conflictos y pasan a un segundo plano los intereses colectivos. Se exigen soluciones equivalentes al status de cada persona, grupo o sector. Se niega al héroe. Se lo acorralla aún con sus aciertos y sus fortalezas hasta lograr un espacio donde pueda madurar nuevamente la próxima catástrofe.

Cristina Fernández tuvo que asumir la responsabilidad de sostener un país que se había puesto de pie, que es más complejo que apagar el fuego, aunque este provenga del infierno. Tuvo que hacerse cargo de mantener la luz de ese sol de la primavera camporista que encendió junto a su esposo, y hacerlo en un escenario adverso, porque las fuerzas sociales habían recuperado su capacidad de reacción.

Los partidos políticos, los mismos partidos y prácticamente los mismos dirigentes que habían fracasado en sus gestiones y llevado al país a oscuridades inconmensurables, como cuando en las competencias de natación los deportistas sacan la cabeza a la superficie para tomar aire, habían recuperado su vigorosidad y su ambición de poder, y en esa *remake* trazaban un círculo vicioso donde impedir que se hicieran las cosas pero sin proponer cosas a cambio.

Las corporaciones, las mismas corporaciones que habían conspirado por sobre los gobiernos hasta enterrarlos en fuegos inmorales, se erguían nuevamente como espectros en ese entramado complejo de la fragilidad del colectivo argentino.

Y la sociedad.

La sociedad, esa considerable porción de sociedad reconocida como clase media que había recuperado su insaciable sentido del con-

sumo, volvía a negar la ascendencia de lo popular, volvía a renegar de la memoria y reclamaba, ahora, que se la dejara consumir en paz.

La sociedad, esa abstracción que nadie se anima a describir descarnadamente en toda su amplitud, que en muchos casos transita con desprendimiento casi absoluto de razonabilidad los caminos del odio y el amor, como quien discute acerca del modo de hacer un asado a la parrilla.

Esa abstracción que revela riquezas en los miserables y miserias en los afortunados, ignorancia en los cultos y sabiduría en los ignorantes, que va desde los límites de la marginalidad hasta las altas esferas de la oligarquía combatiéndose a sí misma, desprejuiciadamente discriminatoria, eternamente insatisfecha, embretada quizá por una misma voz mediática o por el desarraigo social o por las apetencias o por la extraña condición del hombre frente a su propia psicología.

La sociedad. Esa abstracción, volvía a morder la mano de quien le daba de comer.

Frente a esa realidad asumió Cristina Fernández de Kirchner. Negada en principio por cuestión de género. Negada su capacidad intelectual y de gestión. Negada por su procedencia. Negada por sus preferencias sociales, ideológicas y políticas. Cristina Fernández debió enfrentar, primero, una sólida negación.

Los cuestionamientos vinieron no sólo desde los medios hegemónicos que respondían a las corporaciones que se habían sentido agredidas por las políticas de Kirchner. Aún desde medios que tenían miradas favorables a este gobierno, provenían las negaciones.

El día antes de asumir su mandato, Atilio Borón¹⁴, desde *Página 12* expresaba:

¹⁴ Atilio Borón es un politólogo y sociólogo argentino doctorado en Ciencia Política por la Universidad de Harvard. Es autor de varios libros de ciencia social y filosofía con orientación marxista y con una apuesta política clara de compromiso con el socialismo para América Latina. He tomado a Borón y a Forster como referentes porque los considero, junto a otros intelectuales como Feinman o Aliverti, representantes del pensamiento nacional. Sin embargo, como veremos en el capítulo cuatro, Borón, luego de tres años de avances en las luchas populares, continúa negando a Cristina Fernández, Forster, en cambio, sin perder su mirada crítica, ve a este proceso como un aliado y no como un enemigo. Con todo respeto, como decía Kirchner.

El solo hecho de que la mayoría de los ministros de CFK procedan del gobierno saliente (¿“saliente”?) y que gran parte del elenco que ocupa el segundo escalón en la jerarquía del Estado tenga la misma procedencia abona un cierto escepticismo. (...) El acercamiento pronunciado a Estados Unidos y a gobiernos europeos trae malos presagios. Sin renacionalizar lo que privatizó el menemismo y sin cambiar las reglas de juego de la economía, es poco lo que se podrá lograr en la redistribución de la riqueza.¹⁵

En el mismo artículo se presagiaba, casi con encono, el accionar de la presidenta -aún antes de asumir sus funciones-, respecto a las posibles políticas internacionales:

Por otro lado, tampoco son demasiado reconfortantes las expectativas que despierta la política internacional que insinúa el gobierno entrante. Parece razonable suponer que habrá un nuevo acercamiento a los Estados Unidos, (...) al mismo tiempo es evidente el interés de la futura presidenta por estrechar lazos con algunos países europeos gobernados por el mal llamado “centroizquierda” (un cóctel insípido con mucho de lo primero y nada de la segunda) y con sus epígonos latinoamericanos, con los cuales la futura presidenta mantiene cordiales relaciones. La posible presencia de CFK en Davos, donde se reúnen para afinar sus estrategias de dominio y control los principales responsables del holocausto social y ecológico del planeta, no es un signo alentador, como tampoco lo ha sido el mensaje enviado a las privatizadas y, en general, al capital transnacional, en sus viajes al exterior¹⁶.

El mismo analista cuestionaba “la designación del ministro de Economía, Martín Lousteau, a quien el consenso multimediático se encargó de definir como un “heterodoxo”. En este sentido, y otorgándole menos crédito aún a la capacidad y la autonomía de Cristina

¹⁵ BORÓN, A., “Cambio o gatopardismo”, *Página 12*, 10 diciembre 2007. <http://www.pagina12.com.ar/diario/especiales/subnotas/95981-30330-2007-12-10.html>

¹⁶ *Íbidem*.

Fernández, el columnista sugería que *“la cabeza real de dicho ministerio se encuentra en la Casa Rosada y no en el Palacio de Hacienda.”*

Lapidariamente, el análisis de Atilio Borón, concluía en que

Dada la evidente continuidad entre ambos gobiernos y la poca determinación exhibida para atacar los problemas de fondo de la Argentina, no hay demasiado espacio para la esperanza. Lo más probable es que el “gatopardismo” frustre, una vez más, las expectativas de cambio de nuestro pueblo. Ojala que nos equivoquemos.¹⁷

Cristina Fernández no sólo debió responsabilizarse de la primavera camporista inaugurada por su esposo, sino que tuvo que rendir exámen permanentemente y demostrar su capacidad de ir más allá en un escenario en el que, además, su condición de mujer lo tornaba más hostil.

Y la hostilidad provenía aún de la alabanza. Como vimos, parte de la intelectualidad progresista de aquellos días no sólo relativizaba el giro de Néstor Kirchner sino que desacreditaba a la futura presidenta y anunciaba “el temprano final de una tibieza”. Paradójicamente desde la otra vereda, desde esa intelectualidad que respondía a los medios hegemónicos, encubrían su prejuicio y su desvalorización, aplaudiendo la posibilidad de ese final.

Por ejemplo, repasando lecturas de medios como Clarín o Nación de aquellas épocas es curioso encontrarse con apuestas a la presidenta. Las corporaciones, los voceros de las corporaciones, alentaban la posibilidad de que Cristina Fernández pusiera paños fríos a la afiebrada tendencia populista que, decían, despertó Néstor Kirchner.

No obstante, si hay algo que caracterizó a la gestión de la presidenta fue la capacidad de contradecir los malos augurios. Y en el sentido del presagio que venimos exponiendo no sólo sostuvo el modelo inaugurado en 2003 sino que lo profundizó, instalando el más sólido concepto de conflictividad como mecanismo de construcción social. Es este el motor poderoso de su gestión, pero a su vez, en una sociedad

¹⁷ Íbidem

adormecida por la debilidad de los consensos, el sentido de conflictividad representó la acción menos entendida y más cuestionada.

Dado el adverso panorama con que los medios hegemónicos advirtieron su mandato, lejos de amedrentarse, clavó el diente en el más sensible nervio de las corporaciones mediáticas, y *Clarín*, específicamente, asumió el desafío.

El *Grupo Clarín*, como veremos, reaccionó ante un impacto que tenía dos direcciones, pero que ambas afectaban sus intereses. Por un lado, la exposición de la causa mediante la que se investiga la procedencia de los hijos adoptados de la principal accionaria del monopolio *Clarín*, Ernestina Herrera de Noble y por el otro, la promoción de la Ley de Medios Audiovisuales. Dos paradigmas demasiado atrevidos si tenemos en cuenta que los enjuiciados son las personas más poderosas del país. Es decir que se trataba de vulnerar lo que históricamente en la sociedad argentina se había establecido como invulnerable. Pero para esta epopeya la gestión de la muchacha plátense carecía de dos instrumentos inexcusables que le garantizaran alguna posibilidad de éxito: el acceso a la palabra mediática y un espacio genuino de representación.

Justamente, a pesar de los importantes cambios y mejoras producidas por Néstor Kirchner, la falencia más crítica del santacruceño había sido la imposibilidad de articular espacios genuinos de representación. Ese costado débil del Kirchnerismo, en el marco del conflicto rural, le aportó la derrota en las cámaras legislativas en el 2009. Cristina Fernández marcó esta diferencia y a golpe de gestión inició un proceso de construcción política, conciente de que la lucha por un modelo de inclusión sería utópica sin la democratización de los medios y que la lucha por la democratización de los medios sería a su vez utópica sin estructura genuina.

Se inició entonces con su gestión un estado de conflictividad, en el sentido positivo del conflicto como factor de cambio social, profundizando un modelo de revalorización del hombre, instalando y promoviendo el debate, es decir, creando un sentido participativo de sus acciones, recuperando las cualidades necesarias de la política y resignificando la idea del equilibrio colectivo.

Y es, sin lugar a dudas, la actitud asumida durante el llamado conflicto con el campo –tema que desarrollaremos en el capítulo

tres- el estímulo para que considerables sectores de la sociedad se reagrupen en defensa de su gobierno. El grado de participación, movilización y compromiso militante de estos sectores se manifiesta – masiva y mediáticamente- a partir de 2008, y a pesar de los grandes avances, como veremos más adelante, la transición kirchnerista continúa expresando, casi en los albores de las elecciones presidenciales del 2011, una sólida capacidad de gestión y una notable debilidad de articulación política.

Concluyendo esta introducción, sinteticemos que¹⁸:

Se habló del país virtual y el país real. Entre los dos emerge, a su vez, un tercer país: el país de la percepción, que viene a desvirtuar, tímidamente, el Apocalipsis que promueve el primero y a descubrir, con la misma timidez, algunas certezas esperanzadoras del segundo.

Esta nueva lectura que un importante sector de la sociedad comenzó a hacer es consecuencia de una actitud política: instalar el debate social, resignificar la participación activa de base y confrontar antiguas dicotomías rayanas al tabú, al prejuicio y en el peor de los casos, al desinterés. Este, y no otro, definitivamente es el mayor y mejor logro de esta mujer, que, guste o no, es la presidenta Cristina Fernández. Todos los demás aspectos son desprendimientos de esta decisión. Y es éste y no otro, definitivamente, el caldero donde hierve el caldo del odio, la sal que muere al dibuk, las causas que causan terror.

A partir de esta premisa hay que destacar algunos méritos. Entre ellos está el que habiendo sufrido una conspiración de acontecimientos que auguraban su fracaso, pudo salir airosa y sin triunfalismos, como un bote que emerge de la furia tormentosa en el océano. Remontó la crisis internacional, padeció uno de los mayores lock out de nuestra historia, soportó la más férrea denigración mediática, amortiguó los golpes de una devastadora oposición que huérfana de líderes demócratas verdaderos tiene como fin

¹⁸ Se transcribe el texto que fuera publicado en el mes de abril de 2010 en *El Diario del Sur de Córdoba* y que fuera el disparador del presente ensayo. On line <http://www.eldiariocba.com.ar/noticias/nota.asp?nid=23855>

debilitar a un gobierno que -vaya la paradoja y la hipocresía- la misma oposición íntegra, aguantó la indiferencia y la animosidad de sectores de los que se esperaba un convenio tácito sobre cuestiones básicas como lo son los Derechos Humanos, la democratización de los medios, el respeto a las instituciones, la asignación universal y las políticas educacionales.

Los que miran profundo ven lo verdadero. Aquí se inicia otro mérito: esta mujer no salió a derrumbar los castillos de arena desde cuyos balcones profetisas descarriadas o séquitos de cletómanos auguraban catástrofes. Dejó, con paciencia materna, que caigan solos: se dijo que el campo se fundiría, el campo no se fundió; se vaticinó una estampida del dólar y el dólar se mantuvo manso; se pronosticó una política de ajustes y la respuesta fue más medidas sociales; se le endilgó una calidad de títere de su esposo y demostró muy clara su autonomía; se amenazó con una chavinización de la República y mostró estar tan cerca de Chávez como de Lula o Evo Morales, se la asoció con montoneros y el único ejército que mostró fueron los fans de 6-7-8 organizando mateadas y debates en las plazas del país.

Esta mujer demostró ser más que Chanel y Louis Vuitton. Es la mandataria que aplicó políticas que nadie, desde hace cincuenta años, se animó a aplicar. Y eso es meritorio. Fue más allá en un país donde los límites siempre fueron impuestos por sobre los gobiernos. Y eso, por ser meritorio, es para muchos imperdonable. Y en ese ir más allá descolocó, desconcertó, desestabilizó a todo el arco político que balbuceó contradicciones.

Néstor Kirchner era predecible y por lógica su Gobierno fue de crecimiento cuantitativo. Esta mujer no construye política, instala el debate de la política misma; no polemiza en primera persona, instala la polémica y deja que los actores sociales polemicien. El Gobierno de esta mujer es cualitativo y eso la diferencia del resto.

En este escenario que esta mujer provocó, en el mejor sentido de la provocación, aparecieron dos líneas claramente definidas: retomó las políticas inclusivas de Perón desde la actitud confrontativa de Eva. Y lejos de hacer fanáticas comparaciones con Perón y con Eva, lo que se quiere decir es que este Gobierno es lo más parecido al gobierno peronista en los últimos cincuenta años y que la mujer que lo encarna, antes que otra cosa, antes que ninguna otra cosa, es un cuadro político. Y un cuadro político privilegia, por sobre todas las cosas, su noción colectiva del concepto Patria.

Este gobierno no tiene muertos propios por más que pretendan atribuírselos. No reprimió el lock out del campo ni las protestas sociales. Enfrentó a los adversarios, a los opositores y a los enemigos con la palabra, con la invitación a debatir o el desafío a discutir. Y este mérito genera impotencia y la sucede el odio. Esta mujer quebró los esquemas: no sacó a la CGT a la calle, no movilizó su “clientelismo social”, no fue violenta como muchos quizás, peligrosamente, hubieran querido. Fue hasta lugares donde hasta hace cinco años eran impensados: puso en evidencia no sólo el andamiaje de los medios de comunicación, sino además, abrió el debate sobre el rol, la ética y la imparcialidad de los periodistas; desmitificó la soledad de las madres y sacudió el letargo impune de los crímenes de lesa humanidad; adhirió activamente a la más sólida intencionalidad de integración latinoamericana... ¿Cómo no va a generar odio si hace lo que otros gobiernos populares hubieran querido hacer y no pudieron? ¿Cómo no va a generar odio si hace lo que cualquier gobierno antipopular no quisiera que se haga? Cómo no va a generar odio si para colmo esta mujer, es mujer.

II

Pido la palabra

rensa Eduvin

Luego de 35 años de escepticismo, censuras y banalización cultural, la reinstalación del debate político en la cotidianeidad de la sociedad argentina se inicia a partir de algunos lineamientos ideológicos y medidas del gobierno de Néstor Kirchner, pero se define, se expresa y se profundiza desde el inicio de la gestión de Cristina Fernández.

Como un bumerang, la agresión mediática que puso en jaque a este último gobierno, si bien logró el cometido de crear un sentimiento de odio y rechazo hacia las políticas y sobre todo hacia la figura de la primera mandataria, sacó del escepticismo a una importante fracción de la sociedad que, ocupando sin medias tintas el lugar de la defensa de la gestión oficial, comenzó a entramar un movimiento, disperso quizás por su espontaneidad, pero identificado en sus convicciones y sus consignas.

Tal vez sea ésta la luz que visualizó el equipo gubernamental para fortalecer su espacio, recuperando y volviendo a proyectar su imagen, cuando todos le auguraban el fracaso en el otoño de 2008, en plena revuelta rural.

Advertida sobre el poder de manipulación y penetración que los medios hegemónicos habían demostrado durante los finales de la gestión Kirchner, Fernández estableció una estrategia basada en la resignificación de la palabra y con ella, la construcción del discurso político, entendiendo que nada podría hacer si no se garantizaba el acceso a esa herramienta.

En su plataforma de gobierno y en su discurso de asunción anunció lo que sería su gran desafío, y que se convertiría luego en su peor pesadilla: restarle al frente histórico de la derecha conservadora la herramienta de presión que dominó al país en los últimos treinta años: la palabra. El manejo de la palabra.

Aquellos sectores, que tuvieron en un principio al agro latifundista como resguardo de sus intereses, que luego, ya en el siglo 20 se cobijaron bajo el ala militar, cuando en el retorno a la democracia percibieron que el mundo ya no asociaría el orden gubernamental a los golpes de estado militares, potenciaron en los medios de comunicación la mas contundente garantía para el cuidado de sus intereses.

Ante ello, la presidenta implantó el concepto de conflictividad como turbina de avance hacia un modelo de inclusión, anunciando el proyecto de la Ley de Medios Audiovisuales. Todos los gobiernos anteriores habían consensuado grados de convivencia con los medios de comunicación, y todos los gobiernos terminaron siendo presas de los intereses políticos y económicos a que responden esos medios. Todos los gobiernos convivieron con la legislación de la dictadura sin animarse a avanzar sobre una ley diseñada desde el principio democrático. Cristina Fernández lo había anunciado en su campaña y el *Grupo Clarín*, especialmente, había oído el mensaje y recogido el guante.

Porque la Ley de Medios Audiovisuales y de Radiodifusión no implicaba apenas el cambio de una ley de la dictadura por una ley de la democracia. Su instrumentación representará uno de los más profundos cambios que se produzcan en la construcción del pensamiento colectivo de la sociedad argentina.

Resulta inapropiado reducir esta medida a una simple confrontación entre el gobierno y *Grupo Clarín*. Cristina Fernández, con

ese gesto de autoridad, expresaba la impertinencia de enfrentar al establishment mismo y para hacerlo tenía que disputarle a la corporación mediática, nada más, ni nada menos, que la palabra.

¿Pero cómo luchar por la palabra si la suya era silenciada? ¿Cómo difundir su concepción de patria si los canales de difusión le eran negados? Cristina Fernández resolvió que la única manera posible era creando una corriente de expresión por fuera de los canales convencionales, provocando el compromiso y la participación ciudadana. Fue capaz de observar que aún latía, en algún lugar de este tiempo, el sentimiento de doscientos años de resistencia del ideario nacional y popular: la resistencia post rosista de los gauchos, los indios y los mulatos, la resistencia cosmopolita sesgada de Irigoyen, la resistencia organizada de Perón. En esta etapa de la democracia argentina se daban las condiciones para que emerja esa resistencia “quebrada” de los setenta, y hacia allí orientó su oratoria.

Como respuesta, progresistas sectores de clase media trazaron un puente donde comenzaron a tomarse las manos quienes habían quedado separados por un vacío generacional después de la dictadura del '76.

La presidenta se puso al frente de esas expresiones y desde ese lugar promovió acontecimientos que ningún mandatario se había animado a producir en los últimos 60 años. El más significativo fue la reivindicación del ejercicio de la política como instrumento de transformación. Es la reinstalación del debate político en la cotidianeidad, el mayor y mejor logro de Cristina Fernández de Kirchner.

Desde aquel beligerante otoño del 2008, a pesar de haber abierto un gran frente de oposición en el que –además– se ubicaron poderosos sectores de su propia corriente justicialista, pudo reorganizar sus tropas de diverso origen ideológico, sin moverse de la más pura concepción peronista, renaciendo fortalecida de entre las sojas acopiadas.

Lo meritorio fue que su recuperación se dio a partir de situaciones adversas. Como veremos, en muchos casos, eligió los caminos más difíciles para lograr sus objetivos. Se valió de sus convicciones y una forma de hacer política que subvirtió los esquemas tradicionales de la construcción de poder, ubicándose en un lugar intermedio entre lo hegemónico y lo transversal, y sembrando ideas de inclusión en un escenario de intereses burgueses. Esto es quizá lo que Néstor Kirchner definía como “la utopía posible”.

Insistiremos, ahora, en su capacidad de sacar provecho de las situaciones adversas. Su retórica de conciliación se enriqueció de los ataques disolutorios de un arco político y económico salvajes, logró hacer jugar a su favor las embestidas opositoras, convirtió en aliado el odio que la historia tenía acumulado para ocasiones como esta.

Aquel rechazo que se manifestó contra Perón y Eva, se volvió a manifestar en estos años. Pero a diferencia de aquellas épocas, las condiciones eran distintas. Hubo un aspecto que el establishment subestimó: una gran parte de la sociedad había cambiado. El agente social –la población- a quien van dirigidas las políticas de los gobiernos, después de una dictadura atroz y casi treinta años de convulsiones democráticas, había crecido. Por otro lado, las nuevas herramientas que ofrece la informática, resultaron un poderoso recurso desde donde algunos sectores comenzaron a resistir al discurso hegemónico. Había una sociedad diferente con posibilidades de expresión y comunicación novedosas y eficaces. Como dice José Pablo Feinmann “hay sectores que están aprendiendo a leer y a hablar sus propias palabras”. Cristina Fernández vio o intuyó esta lengua deseosa de ser desatada.

El denominado “conflicto con el campo” –tema al que daremos vital repaso en el capítulo siguiente- lejos de aparecer como una confrontación de sectores específicos por una cuestión determinada, involucró, tanto por la aguerrida reacción de los agentes agrarios como por la intensa cobertura mediática, a toda la sociedad argentina, sin distinción de ideologías ni status social.

Al momento de producirse el dilema, la sensación que se palpaba era que al gobierno le quedaban pocos días de vida. A dos años de aquella revuelta puede afirmarse que el resultado fue todo lo contrario: en la República Argentina en general y en el proyecto que promovió la mandataria, en particular, el “conflicto con el campo” marcó un punto de inflexión cualitativo en el proceso de democratización y cuantitativo, en la suma y resta de adherentes y opositores al gobierno. Esta aparente contradicción vuelve a marcar esa característica de su administración: fortalecerse en contextos adversos.

Pero volviendo al punto que nos interesa: ¿Fueron las políticas agropecuarias las que encolumnaron a los grandes medios de comunicación apuntando todo su poderío ideológico en contra de un gobierno democrático o, por el contrario, el conflicto del campo fue la

excusa para debilitar a una administración que llevaba adelante, tanto en el terreno de la justicia como en el ámbito legislativo, algunas acciones y proyectos inconvenientes para aquellos intereses?

Podríamos enumerar una serie de iniciativas en este sentido, pero esas cuestiones las resolveremos más tarde. Para fundamentar el interrogante anterior bastará con espejar los dos rostros que, aunque antagónicos, responden a la misma clase. Dentro de esta disputa, que no es de clases sino de concepción ideológica, el pensamiento liberal propugnó la idea de que aquel conflicto se reducía a una caprichosa interpretación gubernamental entre lo que significa concentración y distribución de la riqueza.

Con esta perspectiva y conociendo la idiosincrasia de la clase media rural, se instaló la idea de que el gobierno iba contra los intereses del campo. No obstante, y con esto entramos al tema que interesa en este enunciado, arriesgaremos que hubo dos situaciones elementales, concretas y excluyentes, que produjeron la desenfrenada reacción mediática:

- a. el Proyecto de Ley de Medios de Radiodifusión
- b. la política de Derechos Humanos, en la que se ubica la investigación acerca de la identidad y origen de los hijos adoptados de Ernestina Herrera de Noble, cabeza visible del *Grupo Clarín*, el más poderoso del país.

La presidenta había apoyado el bisturí en la fibra más sensible de la médula del sistema.

Preguntamos: si estos dos aspectos señalados eran anteriores a la revuelta rural. ¿Por qué toman estado de debate público en ese momento? Seguramente porque ese era el eje de la discusión central promovido por la presidenta. Ella entendió que la corporación mediática, asociada a otras corporaciones mediáticas, asociadas o otras corporaciones de la economía, asociadas a otras corporaciones políticas, utilizaban la protesta sojera como una cortina de humo poniendo en práctica la más sincronizada acción de desestabilización de los últimos 30 años.

La sociedad incorporó un discurso que ubicaba el conflicto contra la gente del campo, pero en la antesala del enfrentamiento, ambos sectores sabían que en el fondo la disputa era por el manejo

da, no es la palabra por la palabra en sí, el producto que venden es el pensamiento.

De esta forma, ¿qué habla la comunidad lingüística cautiva por este entramado comunicacional? Habla palabras que no le pertenecen, piensa pensamientos que no le son propios, expresan ideas que le son ajenas y al formar parte de este convenio arbitrario la sociedad que lo integra cree hablar sus propias palabras, pensar sus propios pensamientos y expresar sus propias expresiones. El emisor original tiene así tantas repetidoras como hablantes tenga la comunidad que ha cautivado. El control de la palabra lleva al control del discurso y este al control social.

Se dice que sólo el *Grupo Clarín* tiene incidencia en el 60% de la población. Día a día, el *Grupo Clarín* cuenta con millones de personas que se informan con su interpretación de la realidad. Se dice que no hay gobierno que pueda aguantar cinco tapas de *Clarín* adversas. Cinco tapas de *Clarín* pueden hacer caer a cualquier gobierno. El de Cristina Fernández soportó más de cien.

Esta mujer supo desde un principio que si sus gobernados no hablaban un idioma de pertenencia real sería inútil cualquier acción de gobierno que hiciera, si es que estas acciones desfavorecían a los grupos concentrados. Al discurso hegemónico debía confrontar un discurso contra hegemónico. No en vano en su plataforma de gobierno, en su discurso inaugural y en su agenda política tuvo importancia casi excluyente la aplicación de Ley de Medios Audiovisuales y de Radiodifusión.

La presidenta entendió que un pueblo sin lenguaje propio es un pueblo expuesto a los vaivenes de los intereses económicos que siempre han marcado el ritmo a los gobiernos. Las corporaciones mediáticas, entre las que *Clarín* es la más poderosa, midieron el riesgo y redoblaron la apuesta. Nace así lo que comúnmente se llama el *país virtual*.

La teoría del sol verde

¿Cómo funciona el país virtual? Los especialistas entienden que los medios crean “sensaciones” y con ello orientan o forman la opinión de la población, instalando información recortada, descon-

III

El tiro por la culata

rensa Eduvin

El tiempo es lapidario, imparcial, objetivo. El tiempo, sin ser juez –porque el tiempo no juzga-, a pesar de él da su veredicto. El tiempo es el único testigo ausente en el instante de la experiencia humana. El tiempo es la distancia que existe entre un acontecimiento y la visión objetiva del acontecimiento mismo. El tiempo es cruel porque nos devuelve los errores y las bajas. El tiempo es piadoso porque nos otorga la superación. El tiempo es generoso porque nos preserva los aciertos y las risas pasadas. El tiempo nos delata ante nuestras conciencias. Nos retorna lo verdadero y lo falso, lo que dijimos y lo que callamos, lo que hicimos y lo que dejamos de hacer. Nadie escapa del tiempo. El tiempo es la memoria.

El valor de las palabras

El tiempo es lapidario y objetivo. Muchos sectores que manifestaron rechazo y odio al gobierno, tres años después, modificaron el discurso. A vistas de la contundente gestión en muchísimos aspectos, estos sectores terminaron opinando que si bien era buena la gestión, lo que molestaba eran las “formas” con que la presidenta manejó la comunicación durante el conflicto rural. Se le criticó que en el manejo del conflicto careció de tacto discursivo. Se le señaló como error una tonalidad altanera y poco productiva. Mucho se ha dicho “de sus modos”, que es intransigente, que es imprudente, que es frontal.

Sin embargo, parece ser que todo nos lleva a los vericuetos del valor del lenguaje, al grado de pertenencia del lenguaje y al uso del mismo, y todo nos remite, nuevamente, al sentido de “mercado lingüístico” de la teoría bourdieana. Porque corriendo el entramado del tiempo, vemos que Cristina Fernández demostró ser una mujer que sabe muy bien lo que dice, cuándo lo dice, porqué lo dice, a quién se lo dice y para qué lo dice. Cristina Fernández es considerada una mujer con una riqueza conceptual y lingüística envidiable, que posee una capacidad diplomática y ejecutiva notable, que tiene una memoria y una precisión admirable, y que habla sin apuntes, porque tiene internalizado hasta las fibras lo que debe decir.

La pregunta, entonces, es: ¿puede adjudicársele a semejante personalidad tan triviales críticas? ¿Puede semejante personalidad, respetada en el mundo por su capacidad de negociación, por su retórica y su calidad discursiva, su capacidad de análisis y su intelectualidad, alabada por su accionar en las diferentes organizaciones donde intercambian ideas mandatarios del mundo, ser imprudente, intransigente? ¿Puede una mujer que atravesó en menos de seis meses todos los embates que cualquier político no soportaría en un lustro ser imprudente y no obstante salir airosa y favorecida?

Se podrá no estar de acuerdo con su ideología, con su modelo y con su gestión, pero resulta de un facilismo caprichoso desconocer esos atributos.

Cristina Fernández sabía de qué se trataba el conflicto del campo y cuando provocaba, sabía que provocaba y sabía qué provocaba. Entendía que la única manera de llevar adelante un modelo de

país con desarrollo equitativo, con inclusión, con Derechos Humanos y libertad de expresión era mirando a la cara a ese sector que durante dos siglos lo había negado. Entonces, volvemos también, al concepto de conflictividad como impulsor de cambios.

Pero Cristina Fernández provocaba, no agredía. Conceptualizaba, y un concepto es mucho más profundo que una agresión. Significaba, no insultaba, y un significado puede provocar más reacciones que un insulto. La agresión y el insulto son irracionales. El concepto y el significado no.

El *Grupo Clarín* había advertido que la promesa de democratización de los medios de prensa no era sólo una promesa, la derecha conservadora, con fuerte arraigo en las fuerzas militares, en la iglesia, en los partidos neoliberales y en una fracción del Peronismo, habían advertido que la política de Derechos Humanos no tendría obediencias debidas ni puntos finales y se profundizaría el proceso de juicios por crímenes de lesa humanidad, amplios sectores de la economía especulativa habían advertido que el programa económico de este gobierno tendría un decidido carácter productivo de corte nacional y destino de franco contenido social, los partidos políticos y el Peronismo disidente habían advertido que después de cinco años de crecimiento sostenido y un futuro favorable para el gobierno se creaba el espacio para que esta nueva versión del Peronismo convertida en frente popular, reconstruyera su histórica hegemonía y se instalara por largo tiempo en el poder.

En ese contexto hay que situar la compulsa, y entonces preguntarse: ¿la reacción rural fue provocada por un mero desacuerdo de porcentajes en las retenciones o fue el temor a cambiar el modelo neoliberal y un esquema político donde el campo ya no se limitaría a una exclusiva gestión agroexportadora? Quizás los actores de la protesta, los productores de las “4 x 4” como los definió la presidenta, en su mayoría, habrán ganado las rutas temerosos de ver acotadas sus ganancias, pero para la presidenta esto iba mucho más profundo y el reclamo, como señalamos, tenía otros intereses y otros autores intelectuales.

El 27 de marzo de 2008, la titular del gobierno, en un discurso frontal, con una decidida carga ideológica, intentó separar la paja del trigo (o de la soja) diferenciando al productor pequeño y mediano,

de los grandes y de los pools de siembra, pero las gomas ya estaban encendidas, y si las gomas son de tractores es más difícil apagarlas.

La cuestión es que de pronto, cuando parecía que el país se encaminaba a un destino distinto, cuando todo hacía presumir que las bondades del período de Néstor Kirchner se prolongarían en la figura de su cónyuge, cuando habían transcurrido apenas unas semanas de gestión, las corporaciones encontraron en la Resolución 125 el combustible apropiado para hacer la hoguera, embaucaron a los productores sojeros, fundamentalmente pequeños y medianos, ejercitados en asegurar y defender sus bolsillos pero ingenuos a la hora de analizar sucesos. Hay dos cosas que al productor no le gustan que le toquen: su familia y su billetera. Con intención o sin ella, quienes condujeron el conflicto, hipnotizados por los flashes mediáticos, -ante el tiempo implacable huele a engaño-, incitaron a esa pequeña burguesía rural a violencias que no le pertenecen.

Quemar la patria, las luchas, las banderas. Asfixiar las bondades de nuestro territorio con las negras columnas de gomas incendiadas. Tomar las rutas, las calles, los atajos. Tomar las autopistas, los puentes, los peajes. Prohibir la libertad, coartar los derechos.

Ya no parir la tierra como cantó Neruda.

Hacer fuego del trigo, derrumbar las batatas, derramar la blancura de la leche esperada, tirarla a las banquinas, negársela al derecho.

Quemar la patria en nombre de la patria. Apropiarse del himno y los emblemas.

Parar la educación, quemar los libros.

Acallar el pedido de paso de las ambulancias con rastras, con tractores, con caballos.

Atrincherarse detrás de las Toyota y amurallar el paso con camiones.

Avanzar hacia el blanco, acercarle la hoguera al aluvión zoológico.

Matarlos de hambre, de odio, de rechazo. Quemar a la hechicera.

Golpearla hasta que caiga.

Ese fue el clima que se vivió en el interior de las provincias. Lejos de pretender poner en debate la antigua puja de unitarios y federales, por una mera cuestión de concentración geográfica, es lícito asegurar que esos escenarios dantescos fueron creados desde Buenos Aires y ocultados por la prensa.

Elogio crítico al productor rural

Si bien el conflicto rural se manifestó mayormente en el interior del país, la caja de resonancia era en Buenos Aires y la usina informativa los medios capitalinos. La cobertura que hicieron los grandes medios estaba concentrada allí y con sus propios observadores.

Pero los observadores porteños, cuando hablan de campo hablan de dimensión abstracta. Para ellos es un concepto genérico, pero para los que viven en pueblos rodeados de campo, viven el campo, son el campo. El campo es algo concreto, con nombres y apellidos. Esta el campo alambrado, el campo pequeño y el campo largo, el campo rico en tierra y el campo salitroso, el campo con riego y el campo sin agua, el campo alquilado, el campo sufrido por mano propia... El campo no es un genérico, no es una dimensión abstracta. El campo, en las poblaciones tierra adentro, tiene gente adentro del campo. Hay chicos y mujeres y peones y patronos, y los que viven rodeados de campo pero que no tienen campo, son vecinos, juegan los mismos juegos, comparten escuelas, cumpleaños...

Los observadores de Buenos Aires, los que encendieron las mechas, los que condujeron un conflicto desmesurado, tremendo, no tienen idea, no tienen la más mínima idea, no tienen ni la remotísima idea del daño que causaron en las redes sociales de los conglomerados rurales.

Para los observadores distantes, para los periodistas y los cronistas, para los economistas y los editorialistas, el campo es índice, rendimiento, promedio. Para ellos el campo es un campo sea del Gringo Friedrich o sea de Biolcatti. Pero Friedrich con 100 hectáreas en una zona salitrosa, seca y ventosa del sur de Córdoba, no es lo mismo que Biolcatti con miles de hectáreas en lo mejor de la región pampeana. Friedrich habla de rinde, Biolcatti de modelo.

El campo no es así, tan ligeramente “el campo”. El campo tiene pueblos adentro, tiene carneadas y yerras, tiene favores y festejos, y se

mira con el que no tiene campo, y se habla con el que no tiene campo, y se cruza en la calle y se saluda:

– *¡Chau gringo, pagáme lo que me debés!*

– *¡Ya te deje la plata en la mesita de luz!*

Eso mató el conflicto del campo. Eso mató el conflicto del campo. Eso mató el conflicto del campo.

La Mesa de Enlace, con asiento y acento porteño, los medios hegemónicos, los políticos de mirada corta no saben que es ésto lo que mató el conflicto del campo. Para ellos había que torcerle el brazo a la presidenta. Los engañaron o se equivocaron, da lo mismo, les sembraron el odio.

Quien mínimamente conoce a la gente del campo le cuesta entender la furia, el odio y la violencia que desplegaron en todo el territorio nacional.

Podrá decirse que la gente de campo se corresponde a una línea de pensamiento conservador, pero es un pensamiento inorgánico, un emergente cultural; los gringos, como se les llama confanzudamente, no se sientan a discutir cómo dar un golpe de Estado; podrá criticársele su poco apego a la participación social, su afán de ahorro, hasta la ostentación de pequeñas riquezas. A la gente de campo, la que uno conoce, con la que uno convive, le gustan los vehículos, la casa grande, el centro comercial, la ropa cara. A la gente de campo de ahora, que son los hijos profesionales de los hombres de campo de antes, les gusta disfrutar de los placeres engañosos de la burguesía. Se les puede reprochar su desarraigo y su prejuicio antiperonista. Se les puede observar que en los últimos años acumularon pequeñas fortunas. Se les puede criticar que merced a los réditos sojeros desvirtuaron el mercado inmobiliario. Se les puede cuestionar que su sentimiento patriótico se termina cuando hay que blanquear empleados o pagar impuestos. Y así y todo uno duda que tanta violencia, tanto odio y tanta actitud patoteril les pertenezca, o en todo caso, que les sea genuina. Uno quiere pensar que a la gente del campo, en este sentido, le vendieron un discurso de billetera cuando en realidad el partido que le estaban haciendo jugar, era contra un modelo.

Tierra adentro, en las poblaciones pequeñas y medianas, la gente que tiene campo y la gente que no tiene campo, son vecinos.

Compan en las mismas tiendas, frecuentan los mismos bares, caminan las mismas calles, son pareja de truco en el club del pueblo. Se conocen. Saben si les va bien o si les va mal, saben qué compran, qué vehículos tienen, como son sus cuentas bancarias...

Tierra adentro, aquella compulsa fogoneada desde Buenos Aires dejó instalada entre los vecinos, la sospecha, la desconfianza, desnudó las miserias, puso en relieve la hipocresía, la avaricia, la confrontación y hasta el odio.

Tierra adentro, en las comunidades pequeñas y medianas, la gente que tiene campo y la gente que no tiene campo, ya no son los mismos. El aborrecimiento o la reivindicación a la figura de Cristina Fernández marcan el tenor de las miradas, miden los términos, calculan las expresiones.

No, los observadores lejanos no saben lo que pasó, no publicaron lo que pasó. Pero estos observadores, los conductores del conflicto, los políticos que se escupían las manos y agregaron leñas espurias a este fuego de masas, no sospechaban que de esta espiral de violencia surgiría, paradójicamente, la simiente que la presidenta Cristina Fernández necesitaba para reafirmar sus políticas de gobierno. Entre los gritos, las bocinas, los ruidos de los tractores, las bombas de estruendo y las cacerolas, había voces. Ella oía esas voces.

Hay muchos campos, pero en esta revuelta solo dos campos salieron a la cancha. El sojero y el ideológico.

Vale preguntarse qué habría sido de la protesta si no hubieran intervenido los medios de comunicación. El convenio –tácito o explícito- entre los medios, los partidos de la oposición y la Mesa de Enlace, lejos de cumplir el objetivo de fortalecer al sector agrario, terminaron perjudicándolo, enfrentándolo con la sociedad y lejos de debilitar al gobierno, terminaron fortaleciéndolo. Lamentablemente expusieron a la sociedad a un enfrentamiento desde el que será muy difícil volver, por más que las políticas futuras equilibren los intereses económicos del sector. Lo irreparable, sobre todo en las poblaciones del interior, es la dificultad de volver a armonizar la convivencia.

La estrategia que utilizó durante el conflicto fue no polemizar en primera persona. Si uno tiene en cuenta el tenor del clima social que se vivía por esos días y contraponen las escasas apariciones públicas de la presidenta refiriéndose al conflicto, no puede menos que sospechar que se debió a una actitud premeditada. Instaló la polémica y dejó que los actores sociales polemizaran.

Aquí haremos dos interrogantes: ¿sobre qué había que polemizar? ¿Quiénes eran los actores sociales?

La polémica objetiva era si la resolución 125 que regulaba las retenciones a la producción de granos, era apropiada o no, era justa o injusta, era oportuna o fuera de lugar. Pero la sociedad puso en debate otras cuestiones:

Junio de 2008. La sociedad argentina después de 30 años de apatía y ostracismo político, se ve sacudida por un mar de fondo que saca a la superficie desencuentros históricos. El disparador: una resolución gubernamental que imponía retenciones a la producción cerealera, con el objeto de equilibrar, por un lado, la balanza de la producción nacional con base en el trigo y el maíz y, por el otro, generar un programa agroindustrial que genere otro tipo de oportunidades de negocio que puedan tener beneficios colectivos. Pero la sociedad tenía otras cuentas que arreglar. Dos polos diferenciados representaron a plena luz del día, el drama de las acusaciones mutuas. La 125 pasó a ser la excusa para debatir cuestiones adormecidas, aunque latentes. Por un lado, se puso sobre la mesa la exorbitante renta que los productores sojeros venían acumulando en el último lustro. Se les endilgó la responsabilidad de profundizar la brecha entre los ricos y los pobres. Aquellos respondieron desempolvando el resguardado rechazo a las tendencias sociales y esgrimieron la acusación “montoneos”. Arremetieron contra “la soberbia gubernamental y la inoperancia de Cristina”. Los otros desenvainaron sus palabras hirientes y criticaron la evasión de los productores rurales, el trabajo en negro y la falta de compromiso social. Estos se adjudicaron la defensa de la Patria. Los medios inclinaban los discursos según sus conveniencias.

Los de más acá reclamaron su derecho a circular. Los de más allá su derecho a protestar. Estos les gritaron: igolpistas!. Aquellos les dijeron: izurdos!. Los grupos de poder se reacomodaban. Los partidos políticos especulaban. Molestaba la ropa de Cristina, el tono de Cristina, Cristina. Se temía por el riesgo institucional. Algunos pedían represión. Otros necesitaban víctimas. La estructura partidaria del PJ miraba para otro lado. Los sindicatos eran tibios. El Peronismo no llenó la Plaza. Los sojeros marcharon por Palermo. Una clase media pacata se oponía sin saber de que se trataba. Otra clase media pacata adhería sin saber de qué se trataba. Otra clase media salió con sus ollas Essen detrás de los tractores. Otra clase media salió sin pancartas a defender la democracia. Y discutieron el gorilismo, el rol del Estado, la ostentación piquetera, la ecología y el glifosato. Que estaba bien. Que estaba mal. Que les metían las manos en el bolsillo. Que alguna vez les tocaba meter las manos en el bolsillo. Que la corrupción, que la inseguridad. Que los negros de mierda. Que los gringos tacaños. Historias viejas que dormían. La 125 fue la excusa para pasarse facturas que aún hoy no fueron pagadas.

¿Qué había hecho esta mujer? ¿Qué nervio medular estaba tocando para que toda la sociedad, sin distinción de edad, credo, ideología, cultura o nivel socioeconómico, discutiera, con argumentos sólidos, con argumentos inverosímiles, con argumentos científicos, con argumentos fantásticos, en cada casa, en cada taxi, en cada cola de banco o almacén?

Había empezado a construir su propio discurso, había instalado en la comunidad lingüística del discurso único de los medios hegemónicos la confrontación de los mismos hablantes. Todo estaba en discusión. Cristina Fernández supo definir que la única manera de contrarrestar el avance de los representantes de la ideología conservadora, era formando conciencia.

Pero esta irreverente manera de construir poder no iba ser gratuita, tendría un alto costo político, y evidentemente, estaba dispuesta a correr el riesgo.

De repente se vaciaron las góndolas. Y los medios decían: Cristina es la culpable. De pronto el combustible ya no llegó a los pueblos. Y clamaron los medios: Cristina es la culpable. En un instante súbito las molineras no harinaron el trigo y el pan ya no cumplía su mandato en la mesas. Y rezaban los medios: Cristina es la culpable. Y hubo un pacto en silencio de no comprar más nada, de no habitar los centros de los pueblos, de no asistir a bares ni espectáculos, a no adquirir vestidos ni incorporar perfumes, y adjudicarle todas las culpas a Cristina. Entonces cuando el odio tuvo un rostro y un nombre los medios confrontaron los campos desolados con fotos de Cristina. Y el odio entró a las casas, invadió las cocinas con voz de noticiero, y machacaron rabia y cocinaron rabia, y comieron con rabia mientras el odio hablaba con voz de noticiero sobre un país sitiado por culpa de Cristina. Y se instaló en las rutas el odio. Se crisparon las curvas, los cruces, los caminos sinuosos, y encadenaron muchedumbres de odio, y fueron por Cristina. Avanzaron furiosos en autos relucientes, en tractores con audio y utilitarios caros, atravesaron pueblos recolectando furias, y en el brillo exclusivo de las urbes porteñas encendieron linternas con teléfonos raros buscando los balcones rosados de Cristina para prenderle fuego, para arrojarle sales como si fuera un dibuk, y exorcizar la patria de ideas imprudentes. Y Cristina no estaba en los balcones, no encabezaba marchas ni proclamaba encuentros, no instigaba el derrame de sangre provocada. Y los medios bramaban, y el odio se esparcía en cacerolas gruesas, y de pronto el avance de piqueteros pobres salían en defensa de la mujer odiada, y los medios dijeron: la gente negra agrede a la gente blanca.

El país no se dividió. El país se sinceró.

Esta mujer debió tolerar el más visceral y virulento ataque a su figura y a su pensamiento, solo el odio a Eva Duarte es comparable a esta rabia. Cristina Fernández vio con ojos profundos los dos cam-

pos: el campo del reclamo monetario, el campo clase media, el campo que construye tranqueras para adentro y el otro campo, el que estaba detrás, el ideológico, el que no iba para revertir un decreto sino a frenar un modelo. Aquel campo reacciona, éste acciona. La reacción es visceral, espontánea, ciega. La acción es programada, intencional.

Pero la protesta ya no fue la misma cuando se cruzó la Avenida General Paz. Cuando la triangulación empezó a cercar la democracia, otro campo se expresó en las calles porteñas. Entonces el campo ya no era el campo de los pequeños y medianos productores, las voces ya no hablaban de retenciones, y los rostros ajados de sol de los piquetes tornaron en maquillajes caros, en pieles doradas por pantallas solares.

Este campo no hizo base en Fuerte Apache ni en la Villa 31. Hizo rancho en Palermo, cabalgó sus caballos de polo en Recoleta, transitó Barrio Norte, hizo escala en Olivos, en el bajo Acassuso, en San Isidro. Y si había alpargatas, eran de carpincho. Y reaparecieron rostros ligados a los golpes de otrora, y discursos distintos.

A todas luces se intentó reeditar un escenario de caos que provocara una pueblada similar a la de 2001. Como en 1955 los actores eran los mismos: el poder económico enfrentando a un gobierno que soñaba transitar el camino de la distribución de la riqueza, en el medio un pueblo que no en todos los casos alcanzó a comprender el eje de la discusión. Esta vez no hubo bombas sobre Plaza de Mayo, esta vez no hubo fusilamientos ni huidas de presidentes. Esta vez no triunfó la conspiración. Esta vez triunfaron los sueños.³

El valor de las palabras III: Los jinetes del Apocalipsis.

La confirmación de la esencia de estos relatos proviene de puño y letra de los propios empresarios ruralistas. Volviendo a jugar con los significados del uso del lenguaje –otra vez la palabra-, res-

³ La reflexión pertenece a Enrique Cal, militante y estudiante de Sociología en UNVM.

picuos aliados de los bárbaros que denunciaban barbarie en nombre de una temeraria civilización.

¿Pero por qué hacer hincapié en estos aspectos? Porque al recuperar estos aspectos tenemos posibilidad de cotejar el accionar de quien inspira este trabajo: Cristina Fernández de Kirchner.

Resulta de una afortunada curiosidad que en un contexto tan intimidatorio, representando el gobierno a un partido que siempre las clases dominantes lo identificaron con la violencia, no se haya producido ningún choque directo y considerable de fuerzas. Es que el conflicto del campo fue conducido por el Estado dentro de uno de los ejes centrales que lo definen: la no represión de la protesta social. Este rasgo de institucionalidad, inaugurado por Néstor Kirchner y sostenido con mayor énfasis –dadas las circunstancias– por la presidenta, contradice las acusaciones de autoritarismo que provienen de los sectores de la oposición y desdibuja la idea de Estado censor. Nunca en la República Argentina se sostuvo un conflicto como el del campo sin que tuviera que intervenir el gobierno garantizando el orden y jamás hubo tanta libertad de expresión, que, como vimos, se pudo ejercer durante ese conflicto.

Piedra libre. Piedra libre

Los murciélagos habitan la oscuridad, ven sin ser vistos, controlan desde las sombras. En las cuevas donde habitan los murciélagos, el hombre se desplaza a tientas, sabiendo que están ahí, percibiendo su poder y su tenebrosidad. Los murciélagos, pegados al techo, dominando desde esa superioridad los movimientos de los intrusos, ejercen el poder silencioso de la negritud. Son fatales, impunes, invulnerables en la oscuridad.

Pero de pronto entra un rayo de sol y los revela. Y ante la luz se desdibuja la penetrante solidez de su poder. Se descubren pequeños, débiles, mortales. Y el hombre entonces conoce de la fragilidad de lo fatal, del cristal ordinario de la impunidad, y experimenta la gratificante comprobación de que la oscuridad es vulnerable.

Entonces el murciélagos enloquece, pero ya es tarde, se le ha

visto el rostro verdadero. No puede soportar ser una rata con alas que no lo llevarán jamás al cielo. Y atacará como pueda, se enlazará a la cabellera de los hombres. Pero el hombre ya sabe que es solo un murciélago.

El problema con un sector del campo fue el emergente, la excusa que necesitaban sectores mucho más poderosos que los productores y en esta confrontación real quedan al descubierto algunos de los aspectos más profundos del gobierno de Cristina Fernández, seguramente los más importantes y trascendentes.

Dijimos en el capítulo uno que la gestión de Néstor Kirchner tuvo como uno de los conceptos principales la idea de revalorizar la acción de gobierno buscando una independencia económica y política que no estuviera atada a las presiones de los grupos de poder internos y externos. Es decir, que el universo de la economía no estuviera por sobre los gobiernos. De allí la urgente prioridad de sacarse de encima (o postergar) la presión del Fondo Monetario Internacional, rechazar el ALCA y la reubicación de los sectores de la economía nacional concentrada.

Cristina Fernández fue mucho más allá, y es ese ir más allá la verdadera simiente donde maduró la reacción mediática y donde prosperó, casi con necesidad desesperada, el odio irracional hacia la presidenta. ¿Qué fue lo que pasó? Lo que la presidenta hizo fue materializar la abstracción. Ponerle nombres y apellidos concretos a esas personalidades que históricamente estuvieron amparadas en ese anonimato conocido como “establishment”, “corporaciones”, “sociedades anónimas” o simplemente “los sectores del poder”.

La presidenta corrió mejor suerte que José Luis Cabezas, aquel periodista gráfico que apareció asesinado en una cava al sur de la provincia de Buenos Aires luego de haber fotografiado y puesto en tapa de la revista *Noticias*, a Alfredo Yabrán, uno de los hombres más ricos y poderosos de la República Argentina.

En pleno conflicto del campo, cuando las corporaciones fogueaban la movilización sojera tomando como excusa la resolución 125, la mandataria entró a la habitación de los intocables y prendió la luz. Entonces la sociedad empezó a conocer los rostros, los nombres, las familias, y supo que tenían DNI, que eran personas de carne y

hueso, y por lo tanto, punibles, vulnerables, mortales como el más común de los mortales, como el más miserable de los mortales.

Enceguedidos por la luz, los popes del *Grupo Clarín*, Ernestina Herrera de Noble y Héctor Magnetto, como cabezas principales, la familia Mitre, de *La Nación*, al sentir vulnerada su impenetrabilidad, poco acostumbrados a ser mencionados por sus nombres, siempre resguardados en un ámbito de absoluta intimidad, tambalearon entre los acontecimientos y en su visceral reacción fueron derribando, en cadena y hacia abajo, la ilustre investidura de personalidades de la prensa oral y escrita.

Como en el juego del me-quiere-no-me-quiere de las margaritas, fueron deshojando investiduras de periodistas consagrados, y sea en defensa de los intereses de sus patronos o sea por oposición a la gestión de Cristina Fernández, ingresaron a un terreno donde se expuso su integridad moral, su autoridad intelectual y sus fines profesionales.

Ernesto Tenenbaum, Jorge Lanata, Eduardo Van der Koy, comenzaron a ser sospechados, juzgados por la opinión pública. Mariano Grondona, Joaquín Morales Solá, Mirta Legrand fueron descreídos por una inmensa parte de la sociedad, y Luis Majul, Magdalena Ruiz Guiñazú, entre muchos otros que integraron un comando intelectual mediático, tambalearon también entre los acontecimientos, y mientras trataban de aferrarse a lo que fuera para sostener en pie su reacción, fueron desmitificando a su vez, el ideario de la prensa: la objetividad, la imparcialidad, el bien social y otras banderas de la entonces mística periodística, fueron presas de la manipulación, el recorte, la parcialidad y en muchos casos, hasta de la mentira.

Ahí estaban los chacareros, ahí estaba la 125, como un inmenso árbol detrás del cual había un gran bosque en el que, hombrecillos que a la luz de la luna, como en el Sueño de una Noche de Verano, urdían intrigas shakespearianas para desorientar el idilio, el que había nacido hacía 35 años en otros bosques, los bosques violentos de La Plata y el incipiente idilio que una gran porción de la sociedad argentina comenzaba a palpitar al amparo de aquellas consignas de “la utopía es posible”, aggiornada a esta realidad, limitándose, conformándose al menos, con “la utopía posible”.

Era entendible, aunque inaceptable, la enérgica y violenta batalla mediática con que reaccionaron los hombres más poderosos de

se haga migajas. Entonces cuando el alfajor ya no se pudiera repartir acusarían al poseedor original tratando demostrar que si el alfajor se rompió es porque no servía y hay que cocinar un alfajor nuevo.

¿Por qué apelamos a un ejemplo infantil, insostenible, de escasa profundidad y de una solidez irrisoria? Porque la oposición, lamentablemente, resultó infantil, insostenible, superficial e irrisoria. ¿Por qué lamentablemente? Porque el ciudadano común hubiera preferido encontrar una oposición constructiva, coherente, enriquecedora del proceso democrático.

La oposición no estuvo a la altura de las circunstancias y perdió la posibilidad de sumarse a un debate de fondo, y el ciudadano común observó que Cristina Fernández fue llenando vacíos históricos, con errores y aciertos, mientras que la oposición resultó ser, en sí misma, un gran vacío. Y el sentido común prefiere aferrarse al “es lo que hay”, antes de que no haya nada.

¿Qué les pasó? ¿Cómo puede ser que amplios sectores del conglomerado político nacional, sectores que históricamente levantaron banderas de justicia social, que fueron aguerridos militantes por los Derechos Humanos, que armaron sus espacios en base a discursos combativos, progresistas, democráticos, con el solo propósito de frenar el avance de un gobierno que reivindicaba esos principios, hayan contribuido a las maniobras de quienes enfáticamente habían confrontado?

¿Cómo se puede analizar el hecho de que, por ejemplo, Pino Solanas, de quien se esperaba, al menos, coincidencias en cuestiones básicas como los Derechos Humanos y la derogación de leyes de la dictadura, lejos de procurar acercamientos imprescindibles, haya respaldado los intereses de la Sociedad Rural y *Clarín*, de quienes se ha denunciado comprobadamente su complicidad con los genocidas del proceso militar? ¿Cómo explicar la elección que este referente de la izquierda hizo entre cientos de posibilidades que le hubieran garantizado su ética y coherencia política? ¿No supo Pino Solanas discernir entre cientos de maneras posibles de diferenciarse del gobierno nacional sin recibir la palmadita en el hombro de Mariano Grondona, principal intelectual defensor de los gobiernos dictatoriales, del conservadorismo, del anti Peronismo? ¿Era necesario para no sentarse a la mesa de Cristina Fernández, asistir al banquete de

Mirtha Legrand, confesa testigo de los crímenes de lesa humanidad, amiga personal de Ernestina Herrera de Noble, de quien se investiga la procedencia de sus hijos, supuestamente hijos de desaparecidos por los que tanto celuloide hizo rodar?

¿Por qué escogemos a Solanas, entre tantos? Porque quizás Solanas, represente, más que nadie, por su trayectoria y su inclinación, la confusión dialéctica de todo el arco opositor, y porque los sectores progresistas que adhieren a Cristina Fernández, lo tenían a él como referente necesario. No esperaban de éste sector una actitud de defensa del espacio propio por sobre algunas coincidencias, al menos, del espacio colectivo.

De Solanas, de derecha a izquierda, la oposición no supo aplicar la principal herramienta de la construcción política: la negociación. Herramienta que el gobierno de Cristina Fernández, si supo aprovechar. Porque, como dijimos, este gobierno es muy curioso.

Durante el conflicto del campo que venimos analizando, los legisladores de la oposición, los grupos concentrados y una inmensa parte de la sociedad, criticaron del gobierno su negación al diálogo y la negociación. Sin embargo, baste recorrer las crónicas periodísticas para comprobar que si hubo un sector que permanentemente negoció con los representantes agropecuarios, fue, justamente, el del gobierno. Más allá de los resultados, los meses del conflicto y los años posteriores fueron de permanente negociación.

Lo que posiblemente la oposición no alcanzó a interpretar fue desde qué lugar se negociaba. Hasta entonces negociar era sólo conceder, apagar el fuego, garantizar la paz social. Pero un Estado que plantea la hipótesis de conflicto lo que busca es resolver el conflicto hacia adelante, no sólo enfriarlo. Es allí donde radica una de las grandes diferencias de la concepción de política de Cristina Fernández con el resto de los políticos, con el resto de los gobiernos que siempre, siempre, siempre, negociaron bajo la presión como de quien tiene un revolver en la cabeza. A punta de pistola no se negocia, se somete.

Al plantear el conflicto y definir cuáles son los intereses en oposición, desde el privilegio que le otorga el ejercicio de poder, el gobierno invierte la relación de fuerzas, entonces puede negociar, acordar, convenir, pautar, persuadir, postergar, decidir desde un espacio de superioridad.

un pensamiento monolítico, un rumbo compartido, un modelo de país y un candidato natural. Pero en el frente de la oposición lo que los une es apenas una voluntad antioficialista, que, aunque con otros medios, otros fines e intencionalidades, nos transporta inevitablemente a recordar el fracaso de la Alianza, que desembocó en el cisma del 2001.

A partir de esta premisa la unidad se reduce a consensuar estrategias legislativas que coarten la libertad de acción del gobierno, ya sea desaprobando el presupuesto que necesita el ejecutivo para funcionar con normalidad o ya sea aprobando el 82% móvil para poner al gobierno en situación de vetar y pagar su costo ante la sociedad. Estas dos decisiones legislativas dejan claro que lo que importa no es la sociedad sino los intereses partidarios, y en algunos casos, personales.

Sin embargo, esa fraternidad legislativa se atomiza frente a un año electoral y aparecen más candidatos que sectores, por lo pronto, la oposición no sólo está ocupada en oponerse al gobierno, sino a su vez, en oponerse a sí misma.

Resulta de una tristeza ciudadana transitar estos paisajes de las mezquindades políticas. Al margen de la resolución 125, al margen de las razones o los desaciertos que al respecto pudiera tener el gobierno respecto a este tema, al margen de la legitimidad o la arbitrariedad del reclamo de los productores, la sociedad verá reflejada en los próximos relatos de la historia, que la dirigencia política del bicentenario prefirió conchabarse demagógicamente en el efecto de un reclamo violento, perdiendo la oportunidad de ahondar, por primera vez y de cara al futuro argentino, en un debate estructural, ese debate cercenado por los grupos de poder durante 200 años y que habla de la resignificación de los valores de la política, y el rol del Estado.

Eso es en definitiva lo que más se le reclama a los partidos políticos. No haber respondido a un momento histórico de debate y definiciones de fondo.

A partir de ello, ¿vale la pena detenerse a describir las banalidades mediáticas donde nadaron como esos peces de pecera que divierten a los chicos, que cautivan a los grandes por sus colores, por sus mohines, pero que en definitiva son sólo criaturas fuera de su hábitat natural, sujetos al cuidado de sus dueños, libres entre los

límites de las cuatro paredes de cristal, sabedores de que hay un mar más profundo pero incapaces de saltar el muro? ¿Tiene sentido detenerse a enumerar las incontables profecías apocalípticas de Elisa Carrió, quizás lo más emblemático del desorden político de la República Argentina? ¿Sería necesario analizar la ética de un vicepresidente que vota en contra de su propio gobierno al que, no obstante, sigue aferrado como esos naufragos que encuentran una roca en medio de un océano que lo expulsa, como un naufrago que en su insignificancia sabe que si se suelta de esa piedra dejaría de existir irremediabilmente?

Veamos entonces que aquellos escenarios descriptos con énfasis en el inicio de este capítulo se fueron desdibujando. Observemos que aquella retórica furiosa con que contamos la protesta rural, fue desvaneciéndose a medida que avanzábamos en la búsqueda de respuestas de fondo. Comprobemos entonces que el conflicto rural se relegó a un segundo plano, hasta casi desaparecer, mientras en la narración se iba construyendo un discurso que miró más allá de los tractores. Así ocurrió también en la realidad.

Concluamos entonces que la 125 fue la excusa de este tremendo frente antikirchnerista compuesto por los grupos concentrados de la economía, por las corporaciones mediáticas, por los partidos de la oposición y una enorme porción de la sociedad que fue sometida a esta manipulación.

Hacia el campo del campo nacional

Sin embargo, el tema que venimos analizando no se debe agotar en el conflicto en sí, ni se debe desvalorizar la capacidad del productor rural. A pesar de que la Mesa de Enlace vaya para un lado, que es político, y los productores vayan para otro, que es económico, es lícito analizar cuáles son las intenciones del gobierno. Ante un año electoral como el 2011 los dirigentes rurales con el presidente de la Sociedad Rural a la cabeza intentarán frenar un modelo que tiene previsto para los grupos concentrados políticas de blanqueo a las que se resisten, los productores, que son los que miran con perspectivas de desarrollo específico a su actividad, intentan comprender, aunque resistiéndose, hacia donde va el modelo.

IV

Dilemas de la articulación: ¿Transformación del Peronismo o el nacimiento de un frente?

¿Puede ser que no me entiendas? Y no te confundas, te lo digo otra vez. Yo no te digo que te hagas kirchnerista. Te digo solamente que no se es izquierda cuando se califica a todos los demás de ser lo mismo, burgueses, echando fuegos de artificio que ilusiona a los adolescentes. Se es izquierda en la acción política concreta y aquí, en América Latina, con años de dependencia y expoliación, cuando aparecen gobiernos con vocación popular -quizás vos digas burgueses disfrazados de populismo- yo no pido que abandones tu organización y te incorpores a ellos, sino que te pongas al lado. No al lado de la derecha y en contra de este gobierno. Te lo dijo Lenin, Altamira: “golpear juntos, marchar separados”.

Norberto Galasso

A enero de 2011, frente a un año electoral que, a priori, según las encuestas, sería favorable para el gobierno, Cristina Fernández no sólo deberá enfrentar una escalada de acontecimientos que buscarán embarrar la cancha, entorpecer el último tramo de su gestión y revertir su casi garantizado triunfo en las urnas sino que, también

ponderará a un justicialismo renovado o si se encara, de algún modo, la gestación de una nueva entidad política.”¹

Sin embargo, al modesto entender de quien escribe estas reflexiones, lo que debería primar en esta disyuntiva, es, nuevamente, el sentido de conflictividad que caracterizó tanto a la gestión de Néstor Kirchner como a la de Cristina Fernández. Este sentido de conflictividad, en este caso, hacia adentro de la fuerza misma, implica uno de los más sólidos paradigmas con que el Kirchnerismo ha logrado instalar un giro cualitativo en la resignificación de la política.

El paradigma sustancial de este modelo está dado en la instalación de procesos. Cristina Fernández, además de la exitosa y contundente gestión, tiene la virtud de haber abierto distintos debates que no se terminan de cerrar, que se van entramando en la vida cotidiana de la gente y que poco a poco repercuten en la sociedad.

Si tomamos, por ejemplo, la pelea mediática, por más que entusiasmados sectores crean que se le ha ganado al *Grupo Clarín*, esta es una lucha que se ha instalado pero que no tiene aún ni vencedores ni vencidos, y es muy probable que no sean necesarios.

En este sentido lo que perdura es la idea de conflictividad mediática y desde esta conflictividad nace un proceso abierto y perdurable en el tiempo. En ese proceso, sí, se ha logrado vulnerar la hegemonía mediática pero el debate y la profundización del rol del Estado en cuanto a los medios de comunicación y el rol de los medios de comunicación en su relación con la sociedad, con el poder y la política, es incipiente. Cristina Fernández abrió un proceso en este sentido y es la propia sociedad la que lo irá definiendo.

Esto es quizás lo que hace diferente a este gobierno de los demás y es seguramente lo que genera perspectivas de madurar políticamente. En la República Argentina no se han producido aún transformaciones definitivas, y eso es, aunque no lo parezca, auspicioso. Lo que ha pasado es que se han abierto muchos “procesos” de discusión que permitirán ir construyendo una idea de sociedad más articulada, más profunda, más participativa y más democrática.

¹ JOZAMI, E., *Dilemas del Peronismo, Ideología, historia política y Kirchnerismo*, Buenos Aires, Norma, 2009.

nando Solanas, al margen de las fundamentaciones teóricas, en la práctica, en la acción política, terminaron ligados a los máximos representantes de la derecha: la Iglesia, las Corporaciones Mediáticas, la Sociedad Rural.

De esta alianza opositora contradictoria provienen entonces las contradicciones que se plantean respecto a este proyecto de gobierno. Volvemos a la cuestión de los procesos y vemos que también los partidos políticos están experimentando reposicionamientos obligados por la resignificación política de la primera mandataria.

Golpear juntos, marchar separados

Desde este lugar vale preguntarse: ¿cuál es la parte de este modelo que hace que la izquierda lo ubique a la derecha? ¿Cuál es la parte de este modelo que hace que la derecha lo ubique a la izquierda? En todo caso, ¿en qué día de estos siete años Néstor Kirchner o Cristina Fernández dijeron que esta era la revolución del proletariado como reclama la izquierda altruista y teme la derecha dogmática?

Pareciera ser que nuevamente la historia política de la República Argentina vuelve a escribir esa página en la que se encuentra la más purista y dogmática izquierda en la misma vereda de la más prejuiciosa y recalcitrante derecha. Por distintas razones coinciden en el mismo enemigo, y coinciden además en que ese enemigo proviene del Peronismo, un Peronismo que otra vez, como en el cuarenta y cinco, construye junto al movimiento nacional y popular.

Sin matices, sin considerar al menos esos atenuantes que los diferentes procesos de construcción política suelen aportar para justificarse a sí mismos, y sin mediar evaluación explícita sobre las circunstancias contemporáneas y el contexto social en el que esos procesos se definen, por esa razón extrema del blanco o negro, del todo o nada, de ellos o nosotros, hay sectores radicalizados que vuelven a desoír el signo de los tiempos. Se pregunta Eduardo Jozami en *Dilemas del Peronismo* “¿Por qué contra el Kirchnerismo se vuelve a despertar el mismo odio que se manifestó hacia Eva Perón?”²

No obstante, es válido que repreguntemos: ¿son las personalidades las que despiertan el odio o es lo que esas personalidades re-

² Ibidem

en claro que este es el lugar del debate. La coincidencia del lugar promueve intrínsecamente la coincidencia de la construcción, del fortalecimiento del espacio. Y es a partir de esta realidad y de esta debilidad donde entran a jugar los atenuantes de las alianzas electorales, tomando a estas instancias como estrategias propias de la construcción.

Con mayor o menor renuencia, la mayoría de los actores que confluyen a la conducción de Cristina Kirchner, saben que este modelo tiene viabilidad más inmediata siendo gobierno y son concientes de que los tiempos no fueron suficientes para generar organizaciones genuinas que garanticen resultados electorales favorables. En este sentido el manejo de los tiempos para asegurar la conducción del gobierno implica en muchos casos tener que votar a aliados que tal vez no los representen, como es el caso en algunas provincias.

A pesar de ello, aún sabiendo que estos dirigentes curtidos en acciones electoralistas, ejercitados en el terreno de las coyunturas y conocedores de los laberintos partidarios, no harán aportes significativos para el proyecto, son concientes de que pueden garantizar un resultado electoral, pero también son sabedores de que, hoy por hoy, los votos son de Cristina Fernández.

Ese es el lugar que ocupa el espacio más progresista de esta nueva fuerza: saber que el Modelo Nacional y Popular requiere de alianzas, de negociaciones, de rupturas, de contradicciones, para avanzar hacia un frente que en la próxima década resigne el sentido del Partido Justicialista o corporice el nacimiento de una nueva expresión política en la sociedad argentina. Es en este punto donde surge la necesidad de confrontar estas necesidades de construcción hacia adentro, con las severas críticas que se hacen desde los sectores más conservadores, y que parecen doler más cuando provienen de referentes de la intelectualidad progresista.

Porque se esté o no de acuerdo con el proyecto kirchnerista, es de una obstinación fanática negar que después de 50 años de retroceso tras retroceso, de golpes militares, de luchas armadas, de negación de derechos, de persecuciones, desapariciones y muertes, de arrancarles conquistas a los trabajadores, de someter a los jubilados a las más insensibles de las marginalidades, de claudicar los principios de la educación y la garantía de la salud a la insaciabilidad de los

mercados, de vaciar el Estado, de hipotecar el país, de reprimir hasta la muerte en pos de la estabilidad, de condenar el futuro a las ruelas de la economía extranjera, de vivir bajo los designios de la concentración de unos pocos, de crecer mentidos por la prensa de unos pocos, de vivir sin garantías, de estar sujetos a la angustia de la precariedad económica, de transitar sin alegría ni esperanza la breve existencia de los hombres, en la República Argentina sucedieron cosas importantes.

Porque por el contrario, se esté o no de acuerdo con la gestión, con el estilo, con el rumbo o con la ideología del actual gobierno, hay datos relevantes, objetivos y por lo pronto comprobables, que después de 50 años el país va hacia adelante en muchísimos sentidos.

Recordemos, por caso, que Néstor Kirchner fue el único presidente de las últimas cinco décadas que entregó el país en mejores condiciones de las que lo encontró y que a diciembre de 2010, la gestión de Cristina Fernández había potenciado aquellos resultados.

Después de medio siglo, el país transita la primera década de estabilidad económica, de profundización democrática, de recuperación institucional. La política de Derechos Humanos permitió reparar históricamente ante los argentinos y ante el mundo, la deuda que la sociedad tenía con las víctimas de la más cruenta dictadura. Por primera vez en tantos años se abrió el debate acerca de una mejor distribución de riquezas y en ese marco se promovieron acciones reivindicativas, otorgándosele la jubilación a más de un millón de amas de casa, elevándose el haber de todos los jubilados en más del 1000% en relación con 2001, fijándose un aumento semestral a los jubilados más el adicional complementario anual, reabriéndose las discusiones paritarias, bajándose notablemente el trabajo en negro y el índice de desocupación, e interviniéndose en el mercado con políticas subsidiarias que promovieran producción, empleo y consumo interno.

No obstante ello, la izquierda ortodoxa reniega del gobierno por lo que no hace, y la derecha por lo que hace. Unos lo emparentan con la derecha peronista, otros lo circunscriben a la izquierda peronista. A pesar de la paradoja, se vuelve a repetir la historia y los unos y los otros se encuentran en el mismo lugar de incompreensión de esta estructura llamada Peronismo. Sin embargo, y a pesar de que el Kirchnerismo haya construido electoralmente desde las estruc-

entonces a tener en cuenta la visión del signo de los tiempos con el pragmático ejercicio del manejo de los tiempos.

Pero por otro lado, cuando pensadores de la talla de Atilio Borón asocian el éxito electoral del “proceso kirchnerista” a la excluyente columna cegetista y pjtista, parecieran estar soslayando que a partir del 2003, una sólida movilización no partidizada y no sindicalizada es la que está sosteniendo el modelo.

En consecuencia Cristina Fernández, al margen de las confrontaciones conocidas que protagonizó en sus escasos años de gobierno, debe enfrentarse también a una gran maquinaria de subestimación.

El dato más irrefutable de que este gobierno ha construido poder genuino mucho más allá de la CGT y el PJ, fue la gran movilización registrada durante los funerales de Néstor Kirchner. Ese acontecimiento por sí mismo deja sin efecto la definición de clientelismo político que le asignan los sectores críticos. Las características de los asistentes a esa conmovedora despedida derribó la creencia de que el gobierno moviliza a “cien por cabeza” (Blog de Borón) y puso de relieve lo que los medios, los partidos de oposición y los críticos de derecha a izquierda, ocultaron, negaron o ignoraron: Cristina Fernández, conflicto de campo y gestión mediante, había reinstalado el sentido de participación y recuperado el entusiasmo de la militancia.

Sesgar –o cegar- la mirada de construcción política de los Kirchner acotándola a sus alianzas como “lo más retrógrado y fascista del Peronismo”, es subestimar no sólo a los trabajadores -que esos sí son la columna vertebral del Peronismo y no la conducción burócrata como sostienen encumbrados analistas de derecha e izquierda- y es desoír esa nueva corriente que crece por dentro y por fuera de las estructuras.

La Juventud Peronista, en sus numerosas variables organizativas, la Juventud Sindical, las Organizaciones de Derechos Humanos, los Movimientos Populares del Campesinado del interior, las Organizaciones No Gubernamentales que articulan tareas de base con el proyecto nacional, los partidos políticos que acompañan al gobierno como el del citado Sabatella o el de Carlos Raimundi, son expresiones que exceden a la CGT y al PJ.

Desconocer la espontaneidad, el compromiso y la organización denominada 6-7-8 que nace voluntariamente bajo la adhesión a los

contenidos y al discurso del programa televisivo que lleva el mismo nombre, que a lo largo de todo el país mantiene permanentes acciones de promoción del modelo de Cristina Fernández, es volver a negar el pensamiento y la participación colectiva.

Obviar el apoyo que reconocidos sociólogos, filósofos, politólogos, economistas, periodistas, artistas etc, del ámbito nacional e internacional, dan directa o indirectamente a la gestión, es subestimar su capacidad de análisis dejándolos ligados a un proceso construido desde “el fascismo y la criminalidad”.

Y aún por fuera de todas estas manifestaciones está la incondicional acción bloguera. Un ejército virtual que multiplica, promueve, pelea, investiga, discute, busca, participa, festeja, enlaza, teje, construye. Una multiplicidad de expresiones virtuales que van definiendo, ferviente y críticamente, el perfil que el modelo inexorablemente irá profundizando.

Reducir el poder del gobierno a un sistema de alianzas tradicional es, además, contradictorio: si tenemos en cuenta los resultados obtenidos por Néstor Kirchner en las elecciones de 2003, bajo la protección de Eduardo Duhalde, es una obviedad que las fuerzas tradicionales ya no convocan como se presume. Sin embargo, haber asumido la presidencia con el 22% de los votos y retirarse con el 70% de imagen positiva, como fue el caso del fallecido presidente, es un indicio de que hubo un desplazamiento en el terreno de las adhesiones. Al igual que su marido, Cristina Fernández, que merced a la desenfrenada acción de las corporaciones económicas y los medios hegemónicos durante el conflicto del campo descendió a uno de los niveles más bajos de imagen positiva, a partir de contrarrestar la univocidad de los medios de comunicación con su propia comunidad lingüística, llega a los finales de 2010 con una imagen favorable que supera el 60%, y eso es también un indicador de que se ha construido poder genuino desde otro espacio, que no son únicamente la CGT y el PJ.

Analizamos en el capítulo uno que Néstor Kirchner despertó a gran parte de la militancia, pero sostuvimos que fue durante el gobierno de Cristina Fernández, más específicamente durante el conflicto del campo, cuando se reavivó el debate y se multiplicó la necesidad de participación política.

Hubo disparadores específicos. Uno de ellos fueron las espontáneas movilizaciones que en todas las plazas de las principales ciudades del país hicieron los fans del programa 6-7-8. A partir de allí cientos de agrupaciones y miles de ciudadanos, principalmente adolescentes y jóvenes, y un recuperado segmento politizado de entre 40 y 60 años, tomaron, en el sentido de apropiarse, la palabra, e instalaron el debate en cada esquina, en cada bar, en cada blog.

En plena revuelta rural, ninguna de las partes en conflicto parecía haber advertido estas consecuencias, o al menos, la magnitud de estas consecuencias. Al gobierno le explotó en las manos esta confluencia y fue superado en su capacidad organizativa. Se entabló una relación de romance político que se fue multiplicando a medida que Cristina Fernández profundizaba el modelo, y hoy puede exhibir ante la oposición, ante los medios y ante la sociedad, un sólido espacio político con uno de los mayores grados de adhesión.

Ahora preguntemos ¿la adhesión implica, necesariamente, poder genuino? ¿Está la adhesión más ligada a las políticas coyunturales de una gestión o la creencia de una proyección movimientista en los próximos años?

Las características de la mayor parte de quienes hoy defienden y promueven la gestión de Cristina Fernández son ciudadanos que poseen pensamiento crítico, que no están involucrados en las prácticas convencionales con las que se vino construyendo política en los últimos 30 años, no son, esencialmente clientes subsidiados ni caen en el entramado de los punteros políticos. Son militantes, cuadros políticos consolidados y cuadros políticos en potencia. No se los sube a los colectivos por “cien por cabeza” ni se los seduce con el “choripán y la coca” como minimizan los sectores reaccionarios a las movilizaciones populares.

En éste último sentido es necesario reconocer que es muy probable que desde las estructuras convencionales puedan seguir existiendo estas prácticas, pero son ajenas a la voluntad y el sentido de construcción que se generó desde Cristina Kirchner o en torno a ella.

Se insiste en que la gran movilización y la profunda participación manifestada a favor de este modelo está cualitativamente considerada como de cuadros políticos, un concepto que muchos de los dirigentes de la estructura que hoy se suman, anularon en tiempos no lejanos.

La presidenta de la Nación apela a la construcción desde la política, y la mayoría de los dirigentes históricos, que venían construyendo con prácticas ortodoxas y verticalistas, cuando pasaron revista a sus tropas se dieron cuenta que no estaban los cuadros políticos. Antes de los Kirchner la dirigencia tradicional marginó a los cuadros políticos. Hoy necesitan, imperiosamente, reconstruir las redes de militancia porque entienden que la construcción no pasa por las obras, los subsidios y en el peor de los casos, las prebendas.

Este es el debate interno que deberá enfrentar urgentemente el gobierno nacional para arribar con garantías al triunfo electoral de 2011: articular un espacio de construcción acercando coincidencias y acreditando que las diferencias internas se discutirán desde el poder.

Ante esto, resulta necesario preguntarse ¿quién construye a quién? ¿Es Cristina Fernández quien construye este nuevo espacio, es el espacio el que construye a Cristina Fernández o es el espacio quien construye junto a Cristina Fernández? volvemos con esto a la idea de transición y a la definición que los líderes conducen una idea latente, necesitada de ser conducida. En todos los casos, la idea de movimiento es la que le da mayor solidez y trascendencia.

Todo el Kirchnerismo, todas las partes que conforman y confluyen al Kirchnerismo son concientes de esta coyuntura de construcción y es esa conciencia la que le da solidez al proyecto y garantías a las vertientes no partidarias.

A partir de esto ¿Cuál es la parte del modelo que sectores de izquierda como el de Solanas o Altamira, intelectuales de izquierda como Borón o Lanata no logran entender?

Este gobierno tiene muchas cosas por debatir pero la pregunta de rigor es ¿no dio suficientes garantías de que esta dispuesto a debatir todo lo que fuera necesario?, quizás para los críticos de la izquierda no resulte suficiente que el gobierno responda a esos debates, pero entonces preguntémoslo de otra manera: dadas las características de esta construcción, ¿no serán las mismas bases las que reclamen debates a su propio gobierno? No ponerse de acuerdo en estas cuestiones elementales es volver a negar la participación popular como proceso de cambio, y es subestimar toda la capacidad de cambio que las fuerzas emergentes en apoyo al gobierno representan.

¿Por qué a Cristina Fernández se le pide más de lo que es? ¿Por qué se le pide más de lo que representa? ¿Por qué se le pide más

de lo que promete? Se podría suponer, si se quiere, que el reclamo implica un voto de confianza, reconocimiento que sectores dogmáticos no estarían dispuestos a conceder.

En consecuencia, y apropiándonos de palabras de Eduardo Jozami, para Cristina Fernández *“ya no se trata de hacer un buen gobierno sino de consolidarse como una alternativa para el futuro popular argentino”*.

rensa Eduvin

Comunicación e imagen: detrás de Channel y Louis Vuitton

rensa Eduvin

Porque, a todo esto, ¿dónde queda el hombre común, el ciudadano no politizado, el maestro, el operario, el comerciante, el tornero, la ama de casa, en fin, esa otra abstracción que no está inmersa en estos análisis pero en la que repercuten cotidiana e inexorablemente todas las acciones de gobierno? ¿Desde qué perspectivas analiza la gente de todos los días la gestión de Cristina Fernández? ¿Cuáles son los juicios de valor de esa inmensa mayoría que se sienta más cómodamente frente a la banalización de la tv tinellizada, y que reniega, o simplemente no gusta de los programas de política?

El gobierno de Cristina Fernández tiene que ser defendido permanentemente ante esa inmensa mayoría. El más cotidiano acto de militancia es justamente defender y argumentar ante esa comunidad, las características y el sentido de cada acción de gobierno.

dominantes en la sociedad argentina, que los ha vulnerado, que se ha corporizado esa idea abstracta del poder, si se evalúa que en estos tiempos los partidos de la oposición no estuvieron a la altura de las circunstancias y han desaprovechado la oportunidad de embretar al gobierno en discusiones de fondo, que seguramente estaba preparado para dar, si se pone en la balanza que por primera vez hay un proyecto de nación y que se han abierto procesos de revisión de todos los sectores que componen la sociedad, es de una necesidad absoluta no acordar, discrepando, marchando separados si es necesario, que mucho se avanzó en estos años.

Es imprescindible, para el bien de todos, que la sociedad argentina consolide los logros, y entonces sí, podrá ir por más, ir más a fondo, sabiendo, por supuesto que en ese ir a fondo habrá intereses dispuestos a dar pelea, a resistirse, a no querer repartir y compartir.

Con todo, y a pesar de que estas reflexiones redactadas desde un lugar de esperanzas han intentado esbozar los momentos más sustanciales del mandato de Cristina Fernández, hay todavía, un último aspecto que resulta insoslayable, y que tiene que ver con la entidad política del comienzo, con la muerte de Néstor Kirchner y con la soledad de Cristina.

Aún así, y a pesar de todo, la vida le reclama.

Aún después de dar el alma, los hijos, el marido, la vida le reclama más.

Aún después de haber transitado las más espinosas cumbres la vida le reclama más cosas.

Aún después de haber puesto su voz en el silencio, su sentido en la piedra, su pensamiento en el vacío, la vida le reclama más cosas todavía.

A ella, a la mujer enérgica, la del carácter fuerte, la del hablar seguro, la vida le reclama.

Le reclama las cosas más sencillas, las que parecen más triviales, las que resultarían menos trascendentes: los gestos blandos, las miradas del alma, el abrazo sentido, las palabras humildes, la oración básica, sujeto y predicado, con que se le habla a la gente que gusta de novelas, que no lee los diarios y disfruta de músicas románticas.

A ella, la coqueta, la mujer del buen gusto, la que hace

culto a la rigurosidad de los detalles, que le gusta la ropa, los zapatos, como a cualquier mujer, que no se muestra siquiera con un mechón desalineado, la vida le reclama. Le reclama la frescura del rostro, sus pies pisando el césped con rocío, su humildad, su ternura.

Ahora la vida va por más, va por ella, por la que habita debajo de los trajes, por la que se despeina como toda mujer y por la que, como a toda mujer, también le duele la cabeza y se le hinchan los pies y come chocolates a escondidas.

Y ella sabe, ella entiende que allí guarda la llave del consenso, del amor de la gente más sencilla. Esa gente sencilla que necesita no sólo de políticas para querer al hombre o la mujer que manda. Esa gente que quiere ser tocada en su transpiración, que amaría sin límites si la presidenta le aceptara un mate.

Y ella quiere. Lo sabe. Ella tiene escondida a la mujer sencilla que teme vulnerar. Y la resguarda detrás de la mirada austera, y la protege debajo de las máscaras, y la quiere sacar, pero le gana el temor a que la vean frágil. Quiere. Pero le cuesta, está más allá de sus manos ese mundo. Y se pregunta:

“¿Cómo hacías, mi amor, cómo hacías para desanudarte la corbata y andar desalineado? ¿Cómo hacías mi bien, cómo lograbas caminar entre la gente por esos barrios que te amaron, cómo podías sentarte a tomar un cafecito en cualquier bar cercano a la Rosada? ¿Cómo hacías, querido de mi alma, para hablarle sencillo al corazón del hombre?”

UNIVERSIDAD NACIONAL DE VILLA MARÍA

AUTORIDADES

Rector	Abog. Martín Rodrigo Gill
Vicerrector	Cra. María Cecilia Ana Conci
Secretaría Académica	Dra. Luisa Margarita Schweizer
Instituto de Extensión	Mgter. Omar Eduardo Barberis
Instituto de Investigación	Dra. Carmen Ana Galimberti
Secretaría de Planificación	Ing. Germán Cassetta
Secretaría General	Abog. Germán Carignano
Secretaría de Comunicación	Mgter. Santiago Druetta
Secretaría Económica	Cr. Pablo Pagola
Secretaría de Bienestar	Abog. Luis Negretti
Director Editorial	Mgter. Carlos Gazzera

EDUVIM

Editorial Universitaria Villa María

Director Publisher	Carlos Gazzera
Editores	Ingrid Salinas Rovasio Alejo Carbonell Marina Aguirre
Editores Gráficos	Lautaro Aguirre Silvina Gribaudo
Secretaría Editorial	Renata Chiavenato
Comercialización	Damián Truccone Lucía Pruneda Paz Mateo Green
Producción y Proyectos Especiales	Emanuel Molina
Pre-Edición y Registración	Paula Fernández
Post-Edición y Promoción	Rodrigo Duarte
Comité Honorario Internacional	Silvana Mandolessi Bélgica-Países Bajos Susana Nigro Alemania Fernando Stefanich Francia

Villa María - Carlos Pellegrini 211 P. A. - (5900) - Tel. (54) (353) 453-9145
Córdoba - Viamonte 1005 - (5004) - Tel. (54) (351) 486-0384
<http://www.eduvim.com.ar> | e-mail eduvim@unvm.edu.ar

rensa Eduvin

IMPRESO POR ORDEN DE

EDUVIM

FEBRERO 2011

Carlos Pellegrini 211 P.A.

Tel: 0353 - 4539145

Villa María - Córdoba

www.eduvim.com.ar

Universidad Nacional de Villa María

Colección Debates



Esta Mujer es un relato que permite transitar, desde una mirada novedosa y crítica, las encrucijadas de la lucha por la democratización de la palabra, que desnuda solventemente los trasfondos del conflicto rural, y que atrevidamente describe un escenario donde “tambalean mareados y desorientados” algunos sectores de la izquierda progresista, junto a la mayoría de los partidos de la oposición y los operadores mediáticos.

Contradiendo la rigurosidad académica que exige el tratamiento político, el autor desestructura el discurso, profunda y sagazmente, desde una narrativa ágil, coloquial y accesible al lector no especializado.

Aún desde la apasionada voz de la militancia, el análisis se permite cierto distanciamiento para ahondar en las múltiples adversidades por la que debe -y deberá- atravesar la Presidenta de la Nación, y abre un debate respecto al futuro político argentino que le exigirán los sectores ajenos a su procedencia peronista.

En este sentido analiza a Cristina Fernández como conductora de la transición de una transformación del peronismo o de un movimiento de mayor amplitud y no como un fin en sí mismo.

“Esta Mujer” - la utopía posible- habla sobre la limitación de la utopía pero no de su negación absoluta. Transita, al fin, el camino del conflicto social como herramienta de crecimiento. Sin ser académico, es un libro de lectura obligada para aquellos que requieren de argumentaciones sencillas para lograr comprender de qué se trata el Proyecto Nacional y Popular.



UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
VILLA MARÍA



LIBRO
UNIVERSITARIO
ARGENTINO

